

## REFLEXIONES

# El monólogo del diálogo

■ El cóctel estaba concurridísimo.

Desde la distancia, el rumor de la conversación debería dar la impresión de un enjambre de abejas en plena actividad. Con mi vaso de whisky en la mano recorrí diversos grupos; escuché lo que se hablaba, sonreí cortésmente y seguí circulando, hasta que me topé con un caballero que, también con su vaso de whisky en la mano, se había apartado a un rincón y miraba a la concurrencia con indisoluble molestia.

“Lo he estado observando —me dijo mirándome fijamente—; ha hecho el mismo recorrido que yo y estoy seguro que siente la misma irritación mía. ¡Así están los tiempos, señor!”

Pensé decirle que estaba lejos de estar irritado, que para mí lo entretenido de los cócteles era escuchar lo que se hablaba en un grupo y otro y por eso había deambulado entre los invitados, pero el caballero prosiguió, sin que yo alcanzara a abrir la boca.

“¿Se ha dado cuenta de que nadie escucha? Todos se disputan por tomar la palabra y, cuando lo hacen, es sólo para relatar hechos personales que a nadie le interesan, anécdotas triviales, las gracias del hijo o del nieto, del perro o el gato, y sobre todo, sus propias gracias. Y, los demás, los que se supone que están escuchando, no lo están haciendo. No, señor. ¿Sabe lo que hacen? Esperan su turno para poder relatar sus propios cuentos y aprovechan la menor pausa para iniciar ellos, a su vez, un insulso monólogo. Porque en eso ha parado, mi señor, el arte de la conversación: en una serie de monólogos. ¿Y sabe por qué sucede esto?”

Yo quise ser cortés y aventurar una respuesta a su pregunta, pero era evidente que la pregunta del caballero era retórica y no se interesaba por mi

respuesta, ya que prosiguió imperturbable.

“Esto sucede por el auge de los mal llamados medios masivos de comunicación. Uno se acostumbra a estar frente a un televisor y recibir y recibir lo que desde el otro lado nos quieran decir, sin que exista posibilidad alguna de rebatirlo, de preguntarle, de poner en duda lo que se está diciendo. Eso ha terminado por matar toda posibilidad de diálogo. Y después se quejan. ¿Se ha fijado en los titulares de los diarios? De tiempo en tiempo aparecen unos en que se quejan que “no existe diálogo” en el campo internacional o institucional o generacional y se auspicia “el restablecimiento del diálogo” o se noticia con pesar que “se ha roto el diálogo”. ¿Y cómo quieren que exista, se restablezca y no se rompa, algo que en la vida social definitivamente ha dejado de ejercerse? Palabra que a veces pienso que para remediar los problemas del mundo no se requieren de estadistas, ni políticos, ni estrategas, ni economistas, ni sociólogos. ¿Sabe a quiénes necesitamos? ¡A dramaturgos! Al menos ellos se supone que son especialistas en diálogos, conocen su estructura, cómo funciona, cómo va progresando hasta llegar a un objetivo. Porque van quedando pocas personas como Ud., mi señor, con el que se pueda conversar, cambiar ideas, enriquecerse en un intercambio mutuo de opiniones. Y ahora me despido, ha sido un placer conocerlo. Otro día charlaremos más”.

Yo me quedé con mi vaso de whisky en la mano reflexionando filosóficamente que el caballero ése tenía toda la razón. Los morologadores son una peste, aun cuando su monólogo verse sobre el diálogo.

PARTIQUINO